

ALLEN CURNOW

Recalada en mares inexplorados

*Tricentenario del descubrimiento de Nueva Zelanda
por Abel Tasman, el 13 de diciembre de 1642.*

I

Con sólo navegar en una nueva dirección
tú bien podrías ensanchar el mundo.

Has escogido a tu capitán,
entusiasta de los descubrimientos, con suficiente
fuerza para hacerlos,
sin importar qué naves quedaran dispensadas
de algún otro servicio más urgente para aventura anual.
Inventarió las más probables conjeturas
sobre la travesía por lo Desconocido,
suposiciones de doradas costas e historias sobre
monstruos
para ser digeridas como instrucciones simples
en situaciones probables e improbables.

Con todo esto ya resuelto y hecho, te lanzaste con tu
tripulación
una hermosa mañana, el mejor clima que ha tenido el año;
ampliándose los cielos y las furias oceánicas
subyugadas por la iluminación veraniega; con tiempo
para ir embelesados, navegando
una hermosa mañana, en el Nombre de Dios
por las aguas sin nombre de este mundo.

Oh tú, que todo riesgo habías estimado
en tu negocio con aquellas aguas, aguas del mundo
aún inexploradas.

Pero más que el cañón
del imperio del mar, perros de bronce y ladridos de hierro,
de la isla de Timor a los Estrechos, pudieron apoyar el
desafío.
Entre el Sur y tú una antigua enemistad
fue alojada en la mente exploradora, aquella que jamás
toleraría
tan grande hegemonía de ignorancia.

Allá, donde tus Indias habían ya esparcido
sus tribus como lluvias del océano, apuntaste tu viaje;
como ellas invocaste a tu Dios, diste mares a la historia
e islas para nuevos mañanas peligrosos.

II

De pronto el alborozo
se disparó como pistola, todo
el horizonte, hecha la gran caza,
al pairo. Allá estaba la marina
tan harta de la costa, sorprendiendo
como lo harán las nuevas tierras al marinero
moviéndose en el rostro de las aguas,
observando a la tierra tomar forma
en torno a cumbres sobrenaturales, más brillante
que su propio color cuando emergía.
Y sin embargo esto, no muy lejos de ser misión inútil,
no fue lo que esperaba el corazón.

En su indio y viejo sueño
los deslumbrantes golfos ascendían
por palacios antiguos y montañas,
haciendo arquitectura.
Aquí la estructura levantada,
cumbre y pilar de nube
—oh esplendor de la desolación— fue alzada
en lo alto desde el foso, mar adentro,
con una sombra, un dedo de viento, en ánimos
pacientes de desembarcar con bien.

Para el isleño, siempre es un peligro
lo que viene del mar.
Sobre las amarillas arenas y los claros
fondos altos, el romo filamento
parpadea, la sangre de los desconocidos:
la muerte descubrió al Marinero,
oh, en un fulgor, en una calma llana;

un estruendo de barcos en bahía
y el día se tiñó de asesinato.
Los muertos no tuvieron más aviso
de mantener distancia.
El resto, tras haber notado su fracaso,
siguió adelante con reconocimiento
rumbo al norte, haciéndose a la mar.

III

Pues bien, el Marinero es el hogar, y ése es un capítulo
en un libro de texto, mañana relevante

del que creímos conocerlo todo, cuando pudimos ser
mucho más aptos
para lucrar, seguros de nuestro territorio,
sin asesinos soltando sus amarras en la Bahía Dorada.

Pero ya no hay más islas que puedan descubrirse
y el ojo explora riesgosos horizontes por su cuenta
en un clima variable, y murmullos de ahogados
espantan en sus playas familiares.
¿Quién es el que nos lleva a navegar provincias

desconocidas pero no improbables? ¿Quién nos alcanza
algún futuro desde el alto estante
de audacia espiritual? No los discursos
sujetos al Pasado cual condecoración
al mérito que a sí se felicita;

oh, ni celebración tan presuntuosa
o historia concienzuda podría liberar
la corriente de júbilo de un descubridor
y a las voces que dicen en silencio:
“Aquí está el fin del mundo donde el milagro cesa”.

Sólo con fiel memoria, mientras yace
sobre él la media luz de una modesta gloria,
el Marinero vive y se coloca al lado de nosotros,
largando al interior de nuestra ola de tiempo
la mancha de sangre con que se escribe la historia de una
isla. —

— Versión de Hernán Bravo Varela

Allen Curnow (Auckland, 1911) está considerado como uno de los poetas más importantes de Nueva Zelanda en el siglo XX. Ha publicado diversos libros de poesía y ensayo. Sus poemas escogidos, que abarcan casi seis décadas de trabajo lírico, aparecieron en 1999 bajo el nombre de Early Days Yet (Días tempranos aún), título con el que obtuvo el Commonwealth Poetry Prize y la Queen's Poetry Gold Medal.